

nuestros días por sus soberbios monumentos, se puede formar alguna idea de su prodigiosa fecundidad, procedente de las inundaciones anuales del Nilo, el cual cubre sus riberas por una grande estension de terreno con una arena negra y muy sutil, en que casi todo lo que se siembra crece sin ningun cultivo. Tambien se pueden conciliar de este modo las ideas tan contrarias del suelo maravilloso de Egipto, y de tantos desiertos como se nombran en la historia de sus innumerables solitarios.

Las llanuras áridas y areniscas del Esceta, el monte de Nitria, la isla de Távena, la Tebaida oriental y las rocas inmediatas al mar Rojo, eran los retiros mas poblados de aquellos celestes mortales. Desde la orilla del brazo mas occidental del Nilo, en el bajo Egipto, despues de una hora de camino por una campiña fértil y deliciosa, se entra en las arenas del desierto de Esceta, que se estiende como unas tres jornadas de Oriente á Occidente, entre la corriente del Nilo y la Libia, y otro tanto de Mediodía á Septentrion, entre el monte de Nitria y las cercanías del Mediterráneo. Habia allí antiguamente mas de cien monasterios y mas de cinco mil entre cenobitas y anacoretas, de cuyo número eran los Santos Macario, el antiguo ó el egipcio, y Macario, el jóven ó el alejandrino, Amon, Arsenio, Apolo, Pambo, Serapion, Pemeno, Daniel, Moisés el negro y Juan el pequeño, todos ellos inmortalizados por su vida angelical y por las maravillas reservadas á los taumaturgos. Hoy se cuentan mas de cien monasterios bien marcados, aunque casi destruidos; pero solo cuatro son los que realmente se conservan, si es que puede darse este nombre á una especie de atrincheramientos de unos cien pasos en cuadro, con una capilla muy pobre; una biblioteca, que consiste en tres ó cuatro cofres llenos de manuscritos cubiertos de polvo; algunos cuartos para las personas y para las provisiones de boca, y una torre para defenderse de las incursiones de los árabes.

Toda la comunidad del primero de estos monasterios, que conserva el nombre de San Macario el antiguo, está reducida á un superior, monge y sacerdote, á un portero, tambien monge, y á dos diáconos seglares. Dos de estos monasterios son algo mas numerosos, pues comprenden doce ó quince personas entre sacerdotes, simples monges y seglares recibidos por orden del patriarca copto. El superior es siempre sacerdote, y se le obedece religiosamente (1). Todas las noches antes de retirarse á sus celdas se postran esos solitarios delante del superior para acusarse de sus faltas y recibir la bendicion. Su voluntad, que es la que los dirige y los ocupa, es la principal regla que tienen. Emplean mucho tiempo en el coro, así de día como de noche, y en los intervalos se ejercitan en el trabajo de manos. Se les dice misa todos los domingos, y los miércoles y viernes de las cuatro témporas del año. Comen y visten como la gente del campo. En cada uno de estos monasterios se ven las ruinas de dos ó tres iglesias, de muchos dormitorios, de varias oficinas y de gran número de celdas, de las cuales aun quedan algunas que otras. En el de San Macario, en particular, se conservan todavía cinco altares y cinco cúpulas de una iglesia muy grande que está arruinada, sostenidas por unas veinte columnas de hermoso mármol, pero de orden gótico.

En el monasterio de Nuestra Señora de Suriens, que es el mas hermoso de los cuatro que subsisten, traspasó el corazón del P. Sicard, observador tan inteligente como celoso misionero, el espectáculo de la vida austera y mortificada de los solitarios que le habitaban, y el considerar que de nada les servía para el cielo por su adhesión al cisma y á la heregía. Convidados de que en estas materias el orden de las cosas puede preferirse al de los tiempos, referiremos con motivo de este hombre apostólico

(1) *Cart. edif. t. 5, p. 20 y sig.*

algunos hechos relativos á Egipto, aun cuando no se verificaron hasta los años siguientes. El superior, que recibió al P. Sicard con grandes demostraciones de amistad, le obligó á comer en el refectorio, y se redujo todo el banquete á una grande hortera llena de lentejas guisadas con mucho pan. Por la noche se les da un plato de burujo de la caña dulce, ó de cebollas secas ó humedecidas con agua salada y otras cosas semejantes, cuyo menor defecto es la insipidez, y las hay tales, que su olor es intolerable, á lo menos para los europeos. Estos monges nunca beben vino, y toman café muy raras veces. Duermen vestidos, y sin mas cama que unas estereras tendidas en el suelo. Tienen dividido todo el día entre la salmodia y el trabajo de manos. Sin embargo, gozan salud y tienen bastante robustez.

El misionero empleó las horas del día y de la noche que les quedaban libres en hablarles acerca de las verdades católicas, acomodando á su genio el estilo y los modales, y procurando grangearse su afecto. Les decia, por ejemplo, que no se fijasen en la idea falsa que tenían de los francos, esto es, de los latinos. «¿Qué significa el nombre de copto? les preguntó. ¿No entendis por él un discípulo de los bienaventurados Atanasio y Cirilo, un verdadero siervo del Hijo de Dios hecho hombre, y un hijo respetuoso de la santa Iglesia, su esposa?» Como ellos respondieron desde luego que era así en efecto: «pues bien (replicó), aunque franco, soy copto, y mas copto que vosotros. No os corresponde llamaros discípulos de unos Padres de la Iglesia, cuyos libros no habeis leído jamás. La verdadera doctrina de los santos Padres fué corrompida por vuestros falsos profetas, y esos falsos profetas os enseñaron sus errores, como si fuesen la verdadera doctrina de los Santos Padres. Creisteis imprudentemente á esos nuevos doctores, sin mas testimonio que su palabra, y sin examinar si eran, como dice el Evangelio, de aquellos hombres enemigos que vienen á sembrar la cizaña entre el buen grano. Por lo que á mi hace, tanto mas compadecido de vuestra desgracia, cuanto menos la conoecis vosotros, he acudido á socorberos como buen hermano.» Todos le respondieron dándole la bienvenida, manifestando en su semblante y animados movimientos de cabeza y de manos unas veces inquietud y otras alegría.

Entonces sacó el Evangelio traducido al arábigo, y segun la costumbre del país le besó y se le puso sobre la cabeza. Los monges alargaron inmediatamente las manos para cogerle y besarle tambien; pero el misionero le retiró de pronto y le ocultó en el seno, diciéndoles que eran indignos de tocar con las manos unas verdades que hollaban con los pies, despreciando igualmente los preceptos divinos que espresaban; y con voz enérgica les dijo: «Sabed que el dedo de Dios ha grabado ya en este libro santo la sentencia de vuestra condenación.» — «¿Pues qué somos rebeldes al Evangelio (esclamaron ellos con sobresalto)?» — «Leed (replicó el ministro evangélico), leed y vedlo vosotros mismos; ¿no está escrito: No juzgueis, y no seréis juzgados? ¿Con qué temeridad os atreveis, pues, vosotros y vuestros padres por espacio de tantos siglos, á juzgar y condenar á los que reverencian el Santo Concilio de Calcedonia? Dioscuro y sus sectaces, ¿eran superiores á las leyes evangélicas? Esos corruptores de la Sagrada Escritura tuvieron la audacia de violar la fé de la Iglesia, pero la Iglesia castigó su atentado arrojándolos de su seno. Y ¿serán ahora mas dignos de vuestra creencia que los Santos Crisóstomo, Gregorio, Basilio y tantos otros divinos doctores que habia enviado el cielo para dirigiros en la fé y esparcirla en todo el universo con sus doctos escritos? ¿Acaso pretendis que vuestros ayunos y vigiliass os defiendan de los rayos de la Iglesia y de la reprobacion del cielo? ¿Ignorais que sin la verdadera fé, que es la única que nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesu-  
cristo, es imposible agradar al Señor y librar-



se de la severidad del Juez formidable de vivos y muertos? » Hicieron tanta fuerza estas palabras á los solitarios, que se levantó inmediatamente el mas anciano y acreditado entre todos ellos, y dijo con ingenuidad que tenia razon el franco, y que á nadie debia acusarse de herejía sin que precediese la decision de la Iglesia católica. Todos aplaudieron al buen viejo, el cual continuó siempre en lo sucesivo sosteniendo la verdadera fé con no poco fruto.

Tambien predicó el P. Sicard las verdades evangélicas á aquellos árabes ó bandidos que están continuamente recorriendo el país para despojar á los viajeros y robar en las casas en que pueden introducirse. Apenas salió del monasterio cuando dió con una partida de aquellos salteadores, los cuales le pidieron desde luego la bolsa. « No llevo dinero (dijo con resolución). » — « Pues dadme á lo menos (replicó uno de ellos) unguento para una herida que me incomoda mucho. » Con estos remedios hallan los misioneros fácil entrada en todos aquellos pueblos. Le dió el unguento, y acudiendo á él todos los demas como á un médico hábil, le esplicó cada uno los males que padecia. Después de haber aliviado á muchos: « Todos vosotros (les dijo) teneis una enfermedad mucho mas peligrosa, y sin embargo, nadie me pide remedio para ella. Esta enfermedad funesta es la perversa propension que os mueve á robar y á cometer otros muchos delitos, que os hacen odiosos á Dios y á los hombres y os conducirán infaliblemente, si no mudais de vida, á un fuego devorador en que arderán vuestros cuerpos y vuestras almas por toda la eternidad. » Oyeron esto con una atencion y sensibilidad que dieron motivo para esperar que la semilla de la salvacion arraigaria por lo menos en el corazón de algunos de ellos.

Los desgraciados pueblos del Egipto casi nunca oian hablar de las verdades de la salvacion, y si se les tocaba algun punto religioso, era solo para desfigurarle con fábulas y ficciones supersticiosas que inspiraban desprecio

de la Religion. Los sacerdotes seculares y los monges estaban sumergidos en la mas crasa ignorancia. No obstante, encontró el misionero en Girgè, capital del alto Egipto, un sacerdote llamado José, mucho mas ilustrado que los otros, y verdaderamente hombre de bien. Al mismo tiempo que sus colegas toleraban todos los vicios y hasta bendecian sin escrúpulo los matrimonios de los hombres que abandonaban á sus mugeres para casarse con otras, habia este formado y cultivaba con esmero un corto rebaño de verdaderos fieles que miraban con horror la herejía de Eutiques y honraban con sus costumbres la pureza de su fé. Los presentó al misionero, el cual los exhortó tiernamente á la perseverancia, y aumentó su corto número con nuevas conversiones antes de separarse de ellos. Mucho tiempo después supo que continuaba este prodigio de edificacion en medio de la corrupcion general.

Pasó en seguida á la baja Tebaida á visitar los monasterios, antiguamente tan célebres, de San Antonio y San Pablo, ermitaño, cuyos monges tenian aun grande autoridad sobre aquellos pueblos; y se le ofreció un nuevo motivo de consuelo en el pueblo de Bajadie, á la orilla oriental del Nilo. Los habitantes, que eran todos cristianos sin ninguna mezcla de mahometanos, le recibieron con todo el respeto y ternura que hubieran podido manifestar unos hijos á su propio padre, y oyeron sus instrucciones con la mayor docilidad. Solo se detuvo un dia con ellos, lo que les fué muy sensible, y pasó el rio á la caída de la tarde para ir á hacer noche en el antiguo monasterio de San Juan, el pequeño, que está á una legua de distancia. Este monasterio ya no tiene mas que el nombre de tal; algunas familias cristianas se han establecido en él, y han construido al rededor de la iglesia como unas cincuenta casas. Cerca de aquel parage empiezan las famosas grutas de la Tebaida, escabadas, en un espacio de quince á veinte leguas, en una cordillera de montañas cuya falda está bañada

por el Nilo, y corre este rio tan cerca de ella, que por lo comun no se aparta mas de media legua, ó á lo mas una legua corta. De allí sacaron los antiguos reyes de Egipto los granitos y los mármoles preciosos que empleaban en sus soberbios monumentos, y aquellas canteras abandonadas fueron las habitaciones que eligieron los ángeles terrestres que no querian ser contados en el número de los humanos.

Al otro lado de esta cordillera y de una llanura tan desierta como estéril, está situado el monasterio de San Antonio, al pie del monte Colzim, que forma otra cordillera á la orilla occidental del mar Rojo (1). No hay mas que una legua corta de distancia directa entre este monasterio y el de San Pablo, ni mas intervalo que el grueso de una peña entre la grata de San Pablo y la de San Antonio, el cual estuvo, sin embargo, andando dos dias enteros, segun la relacion de San Gerónimo, para ir de una á otra; pero aquellas rocas, que á lo mas son accesibles á los gamos y á los tigres que los persiguen, son tan intransitables para los hombres mas vigorosos, que necesitan ocho ó diez horas de camino para llegar al mismo parage por las gargantas de la montaña. Estos dos monasterios y todas sus cercanías ofrecen una perspectiva horrorosa, que obliga en cierto modo á disgustarse de toda la naturaleza para no pensar sino en el Criador. El monasterio de San Pablo, situado en el centro del monte Cobsim ó Colzim, tiene á la parte oriental las riberas deliciosas del mar Rojo, el que solo dista dos ó tres leguas; pero nada de esto se ve desde allí, porque hay delante cuevas áridas y ennegrecidas con el ardor del sol. Los dos monasterios son una especie de reductos cuadrados, con paredes muy sólidas y altas, pero sin puerta. El continuo temor que inspira el latrocinio de los árabes sugirió la idea de subir por una ventana que está á mucha distancia del suelo, valiéndose para ello

de un gran cesto con una cuerda y una garrucha. En el recinto, que es de cuatro y media á cinco fanegas de tierra en el monasterio de San Antonio, se encuentra al principio un patio, en que están las celdas con la capilla, y después una huerta de donde sacan los monges verduras y legumbres. El monasterio de San Pablo es menos espacioso, y los monges en menor número que en el de San Antonio, aunque en este no pasan de quince, y entre ellos hay solamente dos sacerdotes, incluso el superior.

Su vestido consiste en una camisa de lana blanca, una túnica de sarga parda, una capilla y un manto negro. No gastan medias, y se quitan los zapatos para entrar en la iglesia. Observan los tres votos de religion, y guardan un silencio riguroso. Nunca comen de carne, á lo menos en el monasterio; no beben vino sino en las fiestas mas solemnes; ayunan todo el año, escepto el sábado, el domingo y el tiempo pascual; rezan de pie las horas canónicas; se postran ciento y cincuenta veces todas las noches, van al coro á media noche, y se acuestan vestidos encima de una estera. Entre estos monges hay algunos que profesan una vida mas perfecta que los otros, y practican muchas mas austeridades. Estos, entre otras cosas, se postran trescientas veces cada noche, y no hablan jamás con los huéspedes. Se distinguen por un escapulario que llaman hábito angélico, cuyas estremidades están todas tegidas de cruces. Esta vida, tan penitente todavia á pesar de la degradacion de aquellos solitarios, hace muy creibles las maravillas que se nos refieren de sus padres los Pablos, los Antonios, los Hilariones, los Macarios y los Pacomios.

Pero estas virtudes ya no son mas que un simulacro que sirve de pábulo al orgullo de sus hijos, aun en medio de la degradacion vergonzosa á que los han reducido el cisma, la herejía y la impiedad, ó la ignorancia crasa que los induce á buscar en la magia el arte

(1) Cart. edif. t. 5, p. 167 y sig.



de hacer milagros. Llenos de presunción, oyen con desprecio las doctrinas más á propósito para disipar sus tinieblas. Lo más que pudo hacer el misionero fué escitarles algunas dudas, poniéndoles á la vista el Evangelio, que respetan mucho, y explicándoles los pasajes que más visiblemente se oponen á sus errores. A la vuelta vió el monasterio de Taberna, situado cerca de la isla del mismo nombre, formada por el Nilo. No encontró monjes, sino un monton prodigioso de edificios arruinados que no permiten dudar del gran número de discípulos que atribuye la historia á San Pacomio. Hé ahí la ceguedad en que estaba sumergida la antorcha del Oriente, la escuela, en otro tiempo tan luminosa, de los Clementes, Orígenes, y Cirilos y del inmortal Atanasio. La nación más famosa por los monumentos de su ingenio, solamente lo era ya por el prodigio de su ignorancia y por el delirio de su obstinación.

Por el mismo derrotero, y sin temblar á vista del precipicio á que conducía, ibanse metiendo más y más cada día en medio de una de las naciones modernas más ilustradas aquellos hombres soberbios que preferían su propio dictámen á la autoridad del primer Pastor y de todos los prelados unidos con su Cabeza. Antes que fuesen condenadas las cinco proposiciones, sus defensores y sus contrarios las habían entendido constantemente, como hemos visto, en un solo sentido, que era el que defendían como el sentido propio de Jansenio, autor del libro, donde no negaban entonces que se hallasen, á lo menos en términos equivalentes (1). Ni ellos ni otro alguno parece que dudó hasta entonces, ya fuese en Flandes ó en Francia, que contenían en compendio la doctrina de Jansenio. Hemos visto también que después de su condenación varió enteramente la escena. Entonces publicaron una infinidad de escritos, dirigidos á pro-

(1) Hist. de las cinco propos. 1. 2.

bar que la doctrina condenada en las cinco proposiciones no era la de Jansenio, esto es, á eludir la decisión de la Santa Sede y á frustrar todo lo que esta había dispuesto. Lo que hicieron después demuestra evidentemente que no era otro su objeto. Propusieron que admitirían la bula y la condenación de las cinco proposiciones, en cualquier sentido que pudiesen tener, con tal que no se dijese que era relativa al sentido en que las enseñaba Jansenio (1): contradicción palpable; pues condenando estas aserciones en todos los sentidos posibles hubieran condenado el sentido católico en que ellos decían podían entenderse. Pero con estos términos vagos solo pretendían ofuscar y oscurecer la condenación de Jansenio, que es espesa y muy terminante. En la bula de Inocencio X se nombra desde la primera frase el libro de Jansenio, y se representa con las cinco proposiciones como el origen de los disturbios que agitaban á la Francia; y en la última añade el Pontífice, que aunque no censura más que cinco artículos en el libro susodicho, no intenta por eso aprobar las demás opiniones que comprende.

Fué desechada la propuesta por los prelados reunidos en 1654, como uno de aquellos temperamentos perniciosos con que procura la heregía que caigan en el lazo los que transigen con ella, según lo acredita la experiencia. Al contrario declaró la asamblea en términos formales, y por vía de juicio ó sentencia, que la bula había condenado las cinco proposiciones como de Jansenio; que verdaderamente se hallan en su obra, y que fueron condenadas en su sentido propio, que es el de Jansenio. Dió cuenta de su resolución al Padre Santo por medio de una carta que entregó el obispo de Lodeve, residente á la sazón en Roma. Después de manifestar el Papa que le era muy grata la conducta del clero, espidió un breve en que hacía mil elogios del celo y sabiduría

(1) Act. del clero, 28 de marzo de 1654.

de los obispos de la asamblea; aprobaba y confirmaba todo lo que habían declarado acerca de su bula, declarando el mismo Papa, que con aquella constitución había pretendido condenar en las cinco proposiciones la doctrina de Cornelio Jansenio contenida en su libro intitulado *Augustinus*.

Este breve, recibido con respeto en una asamblea de 20 de mayo de 1655, lo fué con mucha mayor solemnidad el año siguiente en la asamblea general, en la que á los diputados ordinarios se reunieron todos los prelados que se hallaban en París: de suerte que, como se dice en sus actas, podía tenerse por un concilio nacional. Decidióse en ella, conforme al breve de Inocencio y á la deliberación de la asamblea precedente, que la bula de este Pontífice había condenado en las cinco proposiciones la doctrina del libro de Jansenio intitulado *Augustinus*, la cual de ningún modo es la de San Agustín. Se renovó y confirmó lo que se había resuelto en la citada asamblea para la plena ejecución de esta bula, y se decretó que los obispos que fuesen omisos en hacer que se admitiese y suscribiese con el breve, después de las órdenes que habían recibido de la misma asamblea, no tendrían entrada en las juntas generales, provinciales ni particulares del clero. Se escribió en seguida al Sumo Pontífice, que lo era entonces Alejandro VII, con el objeto de darle cuenta de lo que se había hecho para la ejecución de la bula y del breve de su predecesor.

Convencido el Papa Alejandro de que los jansenistas, á quienes había mucho tiempo que estaba observando, solo trataban de poner á salvo los errores proscritos, creyó que á lo menos

podría curar las preocupaciones de las almas rectas. Sabía perfectamente todo lo que había pasado en Roma durante el exámen de las cinco proposiciones, como que fué uno de los principales comisionados nombrados por Inocencio X; de suerte que debía conocer mejor que nadie las intenciones de este Pontífice y el sentido de la bula. Juzgó, pues, que no debía diferir por más tiempo el instruir á los fieles, y en 16 de octubre de 1656 espidió una nueva constitución, en que confirmaba punto por punto la de Inocencio X que insertó en la suya. Trata de hijos de iniquidad y de perturbadores de la tranquilidad pública á los que tienen el descaro de sostener, con grande escándalo de los fieles, que las cinco proposiciones no se encuentran en los escritos de Jansenio, sino que fueron forjadas de intento, ó que no fueron condenadas en el sentido de este autor. Al contrario, asegura como testigo de todo lo que se había ejecutado en aquella causa, que los puntos relativos á Jansenio, se examinaron con la mayor exactitud posible. En consecuencia, y para desvanecer todas las dudas que pudieran suscitarse en adelante, aprueba y renueva la constitución y declaración y definición de Inocencio X; declara y define que las cinco proposiciones están sacadas del libro de Jansenio, intitulado *Augustinus*, y condenadas en el sentido en que las enseña este autor. Vuelve á condenar dicho libro y todas las obras impresas ó manuscritas que se hayan compuesto ó se compusieren para sostener su doctrina condenada. No podían tomarse mayores precauciones; al principio casi parecieron excesivas, pero pronto veremos que ni aun eran suficientes.

(1) Conc. Arnauld, 17 de octubre de 1656.